

833
9

PQ 2227

.C3.
56



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA CONDESA DE SALISBURY

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

I

"ALFONSO REYES"

LA GARZA REAL de 1625 MONTERREY, MEXICO

El día 25 de setiembre de 1338, á las cinco menos cuarto de la tarde, la gran sala del palacio de Westminster no estaba todavía alumbrada mas que por cuatro antorchas sostenidas por candeleros de hierro salientes en los ángulos de las paredes, y cuyas luces inciertas y temblorosas, con gran trabajo podían disipar la oscuridad causada por la disminucion de los días tan sensible ya, hácia el fin del verano y principios del otoño. Mientras estas luces eran suficientes para dirigir los preparativos de la cena, los criados del castillo que se veían en medio de aquella semioscuridad, se daban prisa á cubrir de exquisitos manjares y de escogidos vinos, de aquella época, una larga mesa ordenada en tres alturas diferentes, á fin de que cada uno de los convidados pudiese sentarse

en el sitio que le asignase su nacimiento ó altar. Cuando se concluyeron estos preparativos, el mayordomo entró gravemente por una puerta lateral, hizo detenidamente el exámen al rededor de la mesa para asegurarse de que cada cosa estaba en su lugar; despues, concluida la inspeccion, se paró ante un criado que esperaba sus órdenes cerca de la gran puerta, y le dijo con la dignidad de un hombre que conoce la importancia de sus funciones:

— Todo está bien, dad la señal de la comida para que los convidados se laven las manos antes de sentarse á la mesa.

El criado aproximó á sus labios una pequeña trompa de marfil que llevaba suspendida por una banda, y dió tres sonidos prolongados; al momento la puerta se abrió; cincuenta criados entraron de seguida los unos tras de los otros llevando antorchas en las manos, y se separaron en dos filas que se extendian á todo el largo de la sala, arrimados á las paredes; cincuenta pajes les seguian, llevando jarros y fuentes de plata, y se colocaron en la misma linea que los criados; en fin, tras ellos, dos heraldos aparecieron, tirando cada uno de una pierna de la cortina blasonada que cubria la puerta de entrada y gritando en alta voz:

— Paso á monseñor el rey y á madama la reina de Inglaterra.

En el mismo instante apareció el rey Eduardo III, dando la mano á madama Felipa de Hainaut, su esposa; iban seguidos de los caballeros y damas mas nombrados de la corte de Inglaterra, que era en aquella época una de las mas ricas del mundo en nobleza en valor y en belleza. Al llegar al umbral de

la sala, el rey y la reina se separaron á un lado y otro de la mesa, ganando el sitio mas elevado.

Iban seguidos en aquella especie de ceremonia por todos los convidados, quienes, llegados á los sitios que les estaban destinados, se volvian hácia el paje colocado allí para su servicio: este vierte el agua del jarro en la palangana de plata y la presenta á los caballeros y damas para que se laven las manos. Concluida aquella preparatoria ceremonia, los convidados se sentaron en las elegantes banquetas que rodeaban la mesa, los pajes fueron á reemplazar las vajillas de plata con las de oro y las pusieron en el magnífico aparador de donde las habian tomado, volviendo prestos, y esperando inróbiles las órdenes de sus amos.

Eduardo estaba de tal modo embebido en su pensamiento, que ni aun apercibiera que el sitio mas próximo á su izquierda se hallaba todavía vacante, y que faltaba un convidado á su real festin. Entretanto, despues de un instante de silencio que nadie se atrevió á interrumpir, sus ojos errantes recorriendo aquella larga fila de caballeros y de damas resplandecientes de oro y pedreria á la luz de las cincuenta antorchas, se pararon un instante con una expresion indefinible de amoroso impulso en la bella Alicia de Graffton, sentada entre su padre el conde de Erby y el caballero Pedro de Montaig, al cual, en recompensa de sus buenos servicios, el rey acababa de darle el condado de Salisbury; terminando aquella escrutadora mirada en el sitio que se hallaba vacío á su izquierda.

Aquella vista cambió sin duda el orden que seguian los pensamientos del rey Eduardo; pues lanzó

sobre la asamblea una mirada de interrogación á la cual nadie respondió. Viendo pues que era necesario una pregunta directa para obtener una explicación precisa, se volvió hácia un jóven caballero del país de Hainaut, que estaba al lado de la reina, y le dijo:

— Caballero Gualtero de Mauny, ¿sabeis por ventura, qué importante negocio nos priva hoy de la presencia de nuestro huésped y primo el conde Roberto de Artois? ¿Habrá vuelto á la gracia de nuestro buen tío el rey Felipe de Francia?

Yo presumo, señor, respondió Gualtero de Mauny, que monseñor el conde Roberto no habrá olvidado tan prontamente que el rey Eduardo ha tenido la generosidad de darle una hospitalidad que, por temor del rey Felipe, le habian negado los condes de Averna y de Flandes.

— Yo no he hecho mas que lo que debía, Gualtero: el conde Roberto es de sangre real, pues que desciende del rey Luis VIII, y era lo menos que yo podia hacer por él. Por otra parte el mérito de la hospitalidad es menos grande de mi parte que de la de los príncipes que vos acabais de citar. La Inglaterra es, por la gracia de Dios, una isla mas difícil de conquistar que los montes de la Averna y los mares de Flandes, y puede desafiar impunemente la cólera de nuestro señor, el rey Felipe de Francia... Pero no importa, lo que yo quiero saber es lo que le ha sucedido á nuestro huésped... ¿No habeis tenido noticias de él, Salisbury?

— Perdonad, señor, respondió el conde; pero vos me haceis una pregunta á la cual no puedo dar una respuesta satisfactoria. Hace algun tiempo que mis ojos están de tal modo empañados por el resplandor

de un solo rostro, mis oídos están solamente atentos á la melodía de una sola voz, que el conde Roberto, aunque hubiera pasado por mi lado, siendo como es nieto de un rey, no le hubiera probablemente ni visto ni oído. Pero esperad, señor; porque ved aquí á un jóven doncel que se arrima á mí, y que probablemente va á decirme algo sobre este punto.

En efecto, Guillermo de Montaign, sobrino de Salisbury, tras el cual estaba de pié, se inclinó y le dijo en este momento algunas palabras al oído.

— Y bien, dijo el rey.

— No me habia engañado, continuó Salisbury; Guillermo lo ha encontrado esta mañana.

— ¿Y donde? dijo el rey dirigiendo directamente la palabra al noble doncel.

— A orillas del Támesis, señor; bajaba hácia Greenwich, y sin duda iba de cacería, pues llevaba sobre su guante el halcon mas precioso y elegante que jamás he visto.

— ¿A qué hora? dijo el rey.

— Serian las tres, señor.

— ¿Y qué vais á hacer tan temprano en las orillas del Támesis? dijo con una voz dulce la bella Alicia.

— A meditar, respondió suspirando el jóven.

— Sí, sí, dijo riendo Salisbury; parece que Guillermo no es dichoso en sus amores, pues hace algun tiempo le he advertido todos los síntomas de una pasión sin esperanza.

— ¡Tío mio! dijo Guillermo con el rostro encendido.

— ¡De veras! exclamó con una curiosa ingenuidad Alicia; si eso es, yo quiero ser vuestra confidenta.

— Tened piedad de mí, señora, en lugar de bur-

laros, dijo Guillermo con voz ahogada y dando al mismo tiempo un paso atrás para ocultar dos gruesas lágrimas que se asomaban á sus ojos.

— Pobre jóven, dijo Alicia; pero parece que el asunto es serio.

— De los mas serios, respondió con una gravedad aparente el conde de Salisbury; pero Guillermo es un noble y discreto doncel, y os prevengo que ignoraréis su secreto, á pesar de que pronto seais su tía política.

Alicia se sonrojó á su vez.

— Entonces todo se ha interpretado, dijo el rey: la cacería llevará á Roberto hasta Gravesend; y no lo volveremos á ver hasta mañana á la hora del desayuno.

— Yo creo que vuestra alteza se engaña, dijo el conde Juan de Hainaut; pues he oido en la antecámara un ruido de voces que parece anunciar su vuelta.

— Y será bien venido, respondió el rey.

Al mismo instante se abrieron las puertas del salon, y el conde Roberto, magníficamente vestido, entró seguido de dos menestrales tocando la viola; tras de ellos marchaban dos lindas jóvenes llevando sobre una batea de plata una garza real asada, á la cual le habian dejado, á fin de que fuese mas fácil de reconocer, su gran pico y largas patas; en fin, detrás de las jóvenes venia saltando y haciendo muecas un tífiritero que acompañaba á los menestrales tocando un tambor á la vascongada. Roberto de Artois empezó lentamente á dar la vuelta á la mesa seguido de su singular cortejo, y parándose cerca del rey, que lo miraba con admiracion, hizo seña á las dos

jóvenes para que se detuviesen y pusiesen la garza real ante Eduardo.

Este se levantó, y volviéndose hácia Roberto de Artois, lo miró con ojos centellantes de cólera; pero viendo que su mirada no podia hacer bajar la del conde:

— ¿Qué quiere decir esto, mi querido huésped? exclamó con voz temblante; ¿es asi como se paga la hospitalidad en Francia? ¿y una miserable garza real, de las cuales mis halcones y mis perros desprecian la carne, es el plato escogido que osais presentarnos?

— Poco á poco, señor, contestó con voz calmada y fuerte: he reflexionado que entre todas las aves, la garza real es la mas tímida y pusilánime, puesto que, como sabeis, tiene miedo hasta de su sombra y huye atemorizada hasta de los pájaros mas pequeños; por consiguiente, he pensado, y con razon, que debia servirse hoy en el desayuno la mas cobarde de las aves al mas cobarde de los reyes.

Eduardo echó mano á su puñal.

— Despacio, monseñor, continuó Roberto sin inquietarse; he dicho al mas cobarde de los reyes, y aun he dicho poco; porque, ¿no es Eduardo de Inglaterra heredero legitimo, por su madre Isabel, al trono de Francia, y que no obstante, no tiene valor para arrancárselo á Felipe de Valois que se lo tiene usurpado?

Un terrible silencio sucedió á estas palabras. Cada cual se levantó conociendo la violencia del rey, y todas las miradas se fijaron en aquellos dos hombres, de los cuales el uno habia tenido valor para decir al otro unas expresiones tan terribles.

No obstante, todas las previsiones fueron engañadas. El rostro de Eduardo fué tomando poco á poco una expresion de calma, sacudió su cabeza como para hacer desaparecer de sus mejillas el rubor que las cubria; y poniendo lentamente la mano sobre el hombro de Roberto, le dijo con una voz sorda:

— Teneis razon, conde, habia olvidado que era nieto del rey Carlos IV de Francia: vos me lo habeis hecho recordar, os lo agradezco, y aunque el motivo que os impulse sea mas bien vuestro odio para con Felipe, que os hadesterrado, que no vuestro reconocimiento para conmigo que os he acogido; no obstante, siempre os agradezco el que hayais hecho venir á mi pensamiento el recuerdo de que soy el verdadero rey de Francia; tranquilizaos, no lo olvidaré; y como prueba, atended á lo que voy á hacer. Sentaos, mis nobles caballeros, y no perdais una palabra de lo que voy á decír, os lo ruego.

Todos obedecieron; Eduardo y Roberto quedaron solos de pié. Entonces el rey, extendiendo la mano derecha sobre la mesa, dijo:

— Juro por esa garza real, carne ruin, y que la han puesto ante mí por ser la mas débil y cobarde de las aves, que antes de seis meses habré pasado el mar con una armada y habré pisado tierra francesa; bien entre por el Hainaut, la Guyena ó la Normandia, juro que combatiré al rey Felipe, por cuantas partes lo encuentre, toda vez que los hombres que me sigan, ó los de mi armada, sean solamente uno contra diez. Juro, en fin, que antes de siete años, contados desde este dia, me habré acampado á la vista del campanario de la noble iglesia de San Dionisio, donde

está enterrado el cuerpo de mi abuelo, y juro esto, no obstante la obediencia que prometí prestar al rey Felipe en Amiens; porque entonces era yo un niño. ¡Ah! conde Roberto, quereis batallas y choques; ¡bien! yo os prometo que jamás Aquiles, ni Páris, ni Hector, ni Alejandro de Macedonia, que conquistó tantos paisés, no habrán hecho en sus varios combates igual estrago al que haré yo en Francia, á menos que sea la voluntad de Dios, de nuestro Señor Jesucristo y de la siempre bienaventurada Virgen María el que yo muera antes de cumplir mi juramento. He concluido. Entretanto, llevaos la garza, conde, y sentaos cerca de mí.

— Todavía, señor, no he acabado, respondió Roberto: es menester que la garza real dé la vuelta á la mesa; y puede ser muy bien que aquí haya algun caballero que desee tener el honor de unir un nuevo juramento al del rey.

A estas palabras mandó á las dos jóvenes volvieresen á tomar la batea de plata y se pusiesen de nuevo en camino, seguido de ellas y de los menestrales que tocaban la viola mientras que las dos jóvenes cantaban una cancion de Gibelto de Rerneville y tocando y cantando asi, llegaron ante el conde de Salisbury, que estaba sentado, como hemos dicho, al lado de la bella Alicia de Grafton. Entonces Roberto de Artois se paró é hizo seña á las jóvenes para que pusieran la garza ante aquel convidado. Ellas obedecieron.

— Noble caballero, dijo Roberto: habeis oído lo que el rey ha jurado. En nombre de Jesucristo, rey del mundo, yo os conjuro para que jureis tambien ante esta garza real que os presento.

— Habeis hecho bien, dijo Salisbury, de conju-

rarme por el santo nombre de Jesus, pues si lo hubiéseis hecho por el de otro cualquier santo, lo hubiera rehusado, no sabiendo en este momento si es que estoy en el cielo ó en la tierra, pues la señora que me tiene á su derecha es tan arrogante, sabia y bella... que me siento magnetizado. Jamás me ha dicho que me ama, jamás me ha concedido nada, jamás me he atrevido á solicitar su amor. ¡ Y bien! hoy la he suplicado un favor, y es que me permita estrechar tan solo uno de sus dedos.

— Á fe mia, dijo Alicia con ternura, una dama que se ve requerida por un caballero con tanta finura, haria mal en despreciarlo. Vos me habeis pedido uno de mis dedos, conde, yo quiero ser pródiga con vos. Estrechad toda mi mano.

Salisbury la estrechó varias veces trasportado de gozo, hasta el punto de tener la audacia de llevarla á sus labios. Alicia se sonrió aparentando no comprender la accion.

Despues Salisbury, cogiendo la mano de Alicia y poniéndola sobre su rostro de modo que le cubriera enteramente el ojo derecho, exclamó :

— ¿ Creéis que este ojo está bien cerrado ?

— Sí, ciertamente, respondió ella.

— Pues bien, continuó Salisbury, juro que no he de abrirlo hasta pisar la tierra de Francia; juro tambien que antes de esta hora, ni el viento, ni herida, ni dolor alguno me han de hacer abrirlo, y que combatiré hasta ese momento, ya en la lidia, ya en el torneo, ya en el campo de batalla, con el ojo perfectamente cerrado. He dicho. Ahora, señora, ¿ no pudiérais hacerme un juramento á vuestra vez ?

— Sí, monseñor, contestó Alicia poniéndose hecha

una escarlata : yo juro que el dia en que volvais á Londres, despues de haber pisado las tierras de Francia, os daré mi corazon y mi persona con la misma franqueza que os he dado hoy mi mano ; y en garantía de lo que os prometo en este momento, tomad esta banda mia, la que os servirá de talisman, para que lleveis á cabo vuestro juramento.

Salisbury hincó una rodilla en tierra, y Alicia rodeó su pecho con la banda, con aplausos de todos los convidados. Entonces Roberto hizo se llevasen la garza de delante del conde, y se puso en marcha en el mismo orden, y siempre seguido de sus menestrales, sus jóvenes y titiritero : esta vez el cortejo se paró ante Juan de Hainaut.

— ¿ Noble señor de Beaumont, dijo Roberto de Artois, como tío del rey de Inglaterra y como uno de los mas valientes caballeros de la cristiandad, no haréis tambien algun juramento de venganza contra el rey de Francia ?

— Sí, hermano, respondió Juan de Hainaut; pues yo he sido desterrado como vos, y esto por haber prestado socorro á la reina Isabel, cuando reconquistó su reino de Inglaterra. Juro pues, si el rey quiere aceptarme por su mariscal, y pasar por mi condado de Hainaut, juro que conduciré su armada á las tierras francesas, lo que no haria por ningun hombre viviente. Pero si alguna vez el rey de Francia, mi solo y verdadero señor feudal, me llamase y levantara mi destierro, yo os ruego que me devolvais mi palabra, pues iré al instante á ponerme á las órdenes del francés.

— Es justo, dijo Eduardo, haciendo una seña con la cabeza; pues no ignoro que sois mas francés que

inglés. Jurad, pues, con toda tranquilidad sobre mi corona; pues el dia que os levanten el destierro, os relevaré de vuestro juramento. Conde Roberto, pasad la garza real á Gualtero de Manny.

— No, señor, no, si os place, dijo el jóven caballero; pues vos sabeis que no se pueden cumplir dos juramentos á la vez, y yo tengo ya hecho uno: y este es de vengar á mi padre, que, como sabeis, ha muerto asesinado en la Guyena, allí he de buscar al asesino y á la tumba á fin de matar al uno sobre la otra. Pero tranquilizaos, señor, el rey de Francia no ganará nada.

— Nosotros os creemos, caballero, y apreciamos tanto una promesa vuestra como un juramento de otro.

Mientras esto, Roberto de Artois se habia aproximado á la reina, habia hecho poner la garza ante ella, y con una rodilla en tierra esperaba en silencio. La reina se volvió entonces hácia él riendo, y le dijo:

— ¿Qué quereis de mí, conde, qué venís á pedirme? Vos sabeis que una mujer no puede disponer de sí, pues es súbdita de su marido. ¡ Vergüenza seria de que en semejantes circunstancias olvidara sus deberes hasta el punto de no esperar el permiso de su señor!

— Haced vuestro juramento resueltamente, dijo Eduardo, y os juro que de mi parte tendrá siempre ayuda y no impedimento.

— ¡ Bien! dijo la reina, yo no os habia dicho que estoy en cinta, porque temia engañarme; pero hé aquí, mi querido señor, que acabo de sentir removerse en mi seno á mi amado hijo. Entretanto escu-

chadme, pues que vos me habeis autorizado para jurar; juro por nuestro Señor nacido de la Virgen, y que fué muerto en la Cruz, que no daré á luz á mi hijo sino en Francia; y si vos no teneis valor para conducirme, cuando llegue el tiempo de mi alumbramiento, juro aun mas, de asesinarme con este puñal á fin de cumplir mi juramento á costa de la vida de mi hijo y de la salvacion de mi alma. Ved, señor, si sois bastante rico de generacion, para perder á la vez la esposa y el hijo.

— Nadie jurará mas, exclamó Eduardo con una voz bastante alterada. Basta de juramentos con este, y que Dios nos los perdone.

— No importa, dijo para sí Roberto de Artois levantándose, yo espero que con tantos juramentos habrá bastante para que el rey Felipe se arrepienta de haberme desterrado de Francia.

En este momento se abrió la puerta de la sala, y un heraldo, aproximándose á Eduardo, le anunció que un mensajero acababa de llegar, de parte de Santiago de Artevelle, de Flandes.

Eduardo reflexionó un momento antes de responder; pero volviéndose hácia los caballeros que acababan de jurar, les dijo:

— Señores, hé ahí un aliado que llega; parece que yo había sembrado á tiempo y en buena tierra; pues mi proyecto florece antes de su justo término, y tal vez pueda anunciar ya por qué lado entraremos en Francia. Señor de Beaumont, vos seréis nuestro mariscal.

— Querido señor, respondió Juan de Hainaut, puede ser que hiciérais mejor en reunir á la nobleza sola, para decidir una cuestion de linaje, pues los villanos son demasiado interesados en entretener las guerras entre potencias. Cuando la nobleza y los reinos se baten, el pueblo hereda los despojos y los lobos los cadáveres; ¿estos flamencos malditos no se han sabido aprovechar de nuestras luchas con el

imperio para sustraerse de nuestro dominio? y ahora vedlos que se gobiernan ellos mismos, como si el condado de Flandes fuese una máquina que se puede dirigir largo tiempo á manera de una manufactura de paño, ó de una cervecería de vidarria.

— Noble tío, continuó Eduardo sonriéndose, estais demasiado interesado en la cuestion, en vuestra cualidad de pariente, para que nosotros no seamos de la misma opinion que vos, acerca de lo que debemos hacer con los buenos vecinos de Ypres, Bruges y Gand; por otra parte, si ellos se han aprovechado de nuestras desavenencias con el imperio, para sustraerse de nuestra dominacion, ¿han hecho como vosotros? ¿pues no os habeis aprovechado tambien algun tanto del interregno para escapar del imperio y reconstruir los castillos que se os habian quemado? eso que vos decis, si no me engaño, concerniente á Luis V de Baviera y á Federico III, es casi lo mismo que la situacion hoy dia de Flandes con respecto á Luis de Cressy. Creedme, Beaumont, no tomemos parte con un hombre que se ha dejado llevar por yo no sé qué abad de Mezclay, que no entendia nada de administracion y que no sabia mas que enriquecerse á costa de sus vasallos. ¿No os acordais, querido tío, de aquel tan extraño acontecimiento que les sucedió á los vencedores de Chartres? Me parece que no, pues si yo no me acuerdo mal, aun no habiais vuelto á Flandes de la gran batalla que aconteció el dia de la santísima Trinidad del año de 1327, entre los Hainuyeres é Ingleses en nuestra ciudad de Yorck. ¡Y bien! aquel suceso, aunque yo no tenia mas que quince años, se me ha quedado muy presente. ¿Queréis, señores, que os lo refiera?

Cada uno se volvió con curiosidad hácia Eduardo.

— ¡Bien! escuchad lo que sucedió... Un hombre y una mujer de pobre condicion, despues de haber sido completamente despojados por las tropas del rey, porque no habian podido pagar las contribuciones, no tenian por todo mueble mas que un viejo baul donde estaban sentados; plagueando y lamentándose de verse de este modo arruinados por aquellos vándalos. No tardaron en volver de nuevo las tropas del rey, acordándose que habia todavia en la humilde choza un viejo baul, que se les habia olvidado traerse. Los villanos les suplicaban les dejasen al menos aquel baul que les servia para meter el pan cuando lo tenian. Las tropas del rey despreciaron sus plegarias y los hicieron levantar, á pesar de los ruegos y las lágrimas. Pero apenas se levantaron los viejos del baul, cuando se alza la tapa y salen de él tres diablos, y dispersan las tropas del rey. Esto se me ha quedado en la memoria, noble tio, y desde entonces odio al poderoso que despues de haber quitado á sus vasallos, les arrebató hasta el triste baul sobre el cual se lamentan de su infortunio. Decid al mensajero de nuestro amigo Santiago de Artevelle, pronunció el rey volviéndose y dirigiéndose al heraldo que esperaba su respuesta, que lo recibiremos mañana á las doce. En cuanto á vos, tio mio, y á vos, primo mio, Roberto de Artois, estad pronto para acompañarme dentro de media hora: tenemos una pequeña excursion de catorce millas que hacer esta noche. Venid, Gualtero, añadió el rey levantándose, tengo que deciros.

A estas palabras, Eduardo tomó del brazo á Gualtero de Mauny, y salió sonriéndose de la sala en que

acababa de pasar una de esas escenas que deciden en un instante de la vida de un pueblo y el destino de un reino; despues haciéndose alumbrar solamente por dos criados con antorchas, siguió un corredor que conducia á sus departamentos.

— Mi querido caballero, dijo Eduardo : por lo bajo á fin de que los que iban alumbrando no pudiesen oír palabras, tengo pensado el daros un chasco.

— ¿Cuál, señor? respondió Gualtero, conociendo desde el principio por el tono del rey, que era una broma la que Eduardo iba á darle.

— Tengo pensado... ¡Diablo!... puede ser que me arrepienta; pero no importa... yo intento haceros rey de Inglaterra.

— ¿A mí? exclamó Gualtero.

— Tranquilizaos, continuó Eduardo, apoyándose familiarmente en el brazo de su favorito; no seréis rey mas que por una hora.

— ¡Ah! me tranquilizáis, señor, dijo Mauny; ahora explicaos, ó mas bien ordenad, pues sabeis que soy vuestro hasta la muerte.

— Sí, sí; y por eso me dirijo á tí, y no á ningun otro. Escucha, yo sospecho de la comision de Artevelle de Flandes, y como lo tengo entre mis manos, seria muy tonto en no sacar el mejor partido posible. Pero para esto es necesario que haga yo mismo mis asuntos; por lo cual habia pensado el enviarte á él y recibir yo al embajador. Mas he ideado otra cosa, y es que tú recibirás al embajador y yo iré á Flandes...

— ¿Como, monseñor? ¿os expondréis á atravesar solo el mar, y á confiar vuestra real persona á unos

vasallos rebeldes que cazan á sus señores como á conejos?

— ¿Qué tengo que temer? ellos no me conocen, yo me daré mis plenos poderes antes de partir, y gracias á mi título de embajador, seré mas inviolable y sagrado que con mi título de rey; además dicen que el tal de Artevelle es muy ladino, y quiero conocerlo de cerca y saber por mí mismo si es hombre que se puede contar con él. Así es asunto concluido, Gualtero, añadió el rey apoyando la mano sobre el boton de la puerta, y prepárate mañana para el medio día á desempeñar tu papel de rey.

— ¿No me necesitáis ya esta noche? ¿querido señor, debo entrar con vos ó retirarme?

— Retírate, Gualtero, dijo el rey dando á su voz un acento sombrío; hay en esta cámara un hombre que me espera y al cual es menester que yo hable sin testigos; pues nadie mas que yo puede oír lo que él va á decirme, y si mi mejor amigo llegara á enterarse de lo que diga, no responderia por cierto de su vida. Déjame, Gualtero, déjame, y ruega á Dios no te envíe nunca una noche semejante á la que yo voy á pasar.

— Y no obstante, mientras tanto vuestra corte...

— Ríe y se divierte; ¡ pesa es su ocupacion, ella ve nuestra frente cubrirse de arrugas, nuestros cabellos encanecerse, y se maravilla de que sus reyes se avejenten tan pronto! ¡Qué quieres tú! ¡ella ríe demasiado alto para no oír á los que suspiran bajo!

— Señor, mi corazón me dice que hay algun peligro oculto en este misterio; y así no quisiera abandonaros.

— Ninguno, yo te lo juro.

— Sin embargo, yo os he oído decir al caballero de Beaumont y á M. Roberto de Artois, que estuvieran prontos á acompañaros...

— Vamos á hacer una visita á mi madre.

— Pero, continuó Gualtero bajando la voz y aproximándose al rey á su vez, ¿si fuese esa misteriosa visita de la clase de aquella que tuvimos en el castillo de Nottingham, cuando penetramos por un subterráneo hasta su dormitorio, en el que arrestamos á su favorito Rogerio Mortimer?

— No, no, dijo Eduardo haciendo un ligero movimiento de impaciencia, al recordar las locuras de su madre. No, Gualtero, la reina ha olvidado sus errores y se arrepiente de sus faltas; errores y faltas que le he hecho expiar demasiado cruelmente quizá para una madre. Supuesto que desde aquella época, y hace diez años, la tengo encerrada en una torre del castillo de Redinge. En cuanto á un nuevo amante, estoy seguro que no tengo que temerle: el suplicio de Mortimer, al que hice arrastrar en un seron por las calles de Londres, y arrancar el corazón palpitante por traidor, ha probado que el título de favorito cuesta caro y que es muchas veces una dignidad peligrosa. Es, pues, pura y simplemente una visita de hijo sumiso y respetuoso, y casi arrepentido diré, pues hay momentos que judo de tantas cosas como se han dicho de esa mujer, que es mi madre, á pesar de que han sido probadas por los mismos que parecían deber dudarlas. Así pues, retírate tranquilo, mi buen Gualtero; piensa en torneos, en conquistas y en amores como le pertenece á un valiente y bizarro caballero, y déjame cavilar en traiciones, adulterios

y asesinatos, en espectros y sombras que por doquier me siguen... ¡ah! esa es *la vida de un rey*.

Gualtero conoció que no podía sin indiscreción insistir mas tiempo; tomó en consecuencia el permiso de Eduardo, que ordenó á sus dos pajes le acompañaran alumbrándole.

III

REVELACION

Eduardo siguió con la vista al jóven caballero que se alejaba, seguido de los criados, cuando la luz hubo desaparecido á los ojos del rey, este dió un suspiro, pasó la mano por su frente para limpiarse el sudor, abrió la puerta y entró en el interior de la cámara.

En ella habia dos guardias y en medio de estos un hombre. Eduardo se fué derecho á él, miró con una especie de terror su figura pálida, que parecia aun mas á la luz de la sola lámpara que, puesta sobre una mesa, alumbraba aquel cuarto, y dirigiéndole la palabra con voz baja y casi temblorosa le dijo:

— ¿Sois el caballero de Maltravers?

— Sí, monseñor, respondió el prisionero; ¿no me reconocéis?

— Sí, yo me acuerdo haberos visto una ó dos veces entrar en casa de mi madre durante nuestro